

III. EL ABSURDO DE CORTE HISPANOAMERICANO

A. Jorge Díaz

1. NOTA BIOGRÁFICO-BIBLIOGRÁFICA

Hijo de padres españoles, Jorge Díaz nace accidentalmente en Rosario, Argentina, en 1930, mientras sus padres están en tránsito rumbo a Chile. Se cría y desarrolla en Chile, adquiriendo después la nacionalidad chilena además de la española. Durante su adolescencia Díaz no se interesa en la literatura ni en el teatro. Su primer contacto con el teatro es más bien en forma casual. Siendo arquitecto de profesión, se le solicita diseñar un escenario y desde ese momento se interesa en la dramaturgia.

Jorge Díaz ha llegado a ser uno de los más brillantes talentos dramáticos del mundo hispánico. Después de su primer contacto con el teatro, se convierte en un aficionado. Toma cursos dramáticos vespertinos para después dejar atrás su carrera de arquitecto, sus familiares y Chile, dedicándose totalmente al teatro y mudándose a España voluntariamente en 1965. Ha representado ante los reflectores más de 25 obras para adultos y más de una docena para niños. Un rasgo característico de su teatro es el humor, sea éste una bufonada absurda, una parodia, o la expresión sardónica del humor negro. Sus obras absurdas nunca se alejan mucho de una realidad posible, empleando la ironía y la sátira en comentarios sociales sobre la ineptitud de individuos y gobiernos para resolver los problemas que denigran y dan miedo al hombre.

Temas como el sexo, la batalla de sexos, la incomunicación, la muerte y la justicia forman las bases del teatro de Díaz, pues, para él, representan la vida. Sus obras más aclamadas son: *El cepillo de dientes* (1961), *El lugar donde mueren los mamíferos* (1963), *Topografía de un desnudo* (1965), *Variaciones para muertos de percusión* (1965), *La vispera del degüello o El génesis fue mañana* (1966), (1967), *Americaliente* (1971), *Mata a tu prójimo como a ti mismo* (1976), *Ecuación* (1983), y *Un ombligo para dos* (1983), y del teatro infantil: *Rascatripa* (1964), *Scrapiro y yerbabuena* (1973), *Algo para contar en Navidad* (1973).

2. EL TEXTO DE LA PIEZA

El lugar donde mueren los mamíferos

REPARTO:

JUSTO	Alfonso del Real.
ARQUÍMEDES	Pedro Meyer.
MÁRIA PIEDAD	Ana Frau.
ASUNTA	Magdalena Aguirre.
CHATARRA	Antonio Acebal.
PERIODISTA	Antonio Gutiérrez.
FOTÓGRAFO	Antonio Marqués.

Dirección: *ANGEL GARCIA MORENO.*

Esta obra se estrenó en Chile el 20 de mayo de 1963, en el teatro "La Comedia" de Santiago. La montó la Compañía "ICTUS", dirigida por Jaime Celedón.

"El lugar donde mueren los mamíferos" se estrenó en Madrid el 27 de agosto de 1971 en el teatro "Alfil". Montó la obra la Compañía "Teatro del Nuevo Mundo", dirigida por Angel Garcia Moreno. La escenografía, del propio autor.

OBRAS ESTRENADAS EN MADRID DE JORGE DÍAZ

"El cepillo de dientes", obra en dos actos. "Réquiem por un girasol", obra en dos actos "La pancarta", obra en un acto (Esta última, editada por Ediciones Escelicer, dentro del volumen de "Teatro Difícil").

ACTO PRIMERO

(*Don JUSTO aparece. Se coloca detrás del atril del conferenciante. Carraspea. Toma un vaso de agua.*)

JUSTO: ¡Buenas noches, amigos! Una nueva jornada de higiene nos reúne. La asepsia estrecha vínculos, ése es mi lema. Pasaremos un rato de sano esparcimiento y sabremos algo más acerca de cómo evitar la contaminación por el desaseo, la ingestión de materias en descomposición y la insalubridad en el sistema de cloacas. No deben olvidar que, aunque infelices, ustedes deben ser infelices limpios. Bien, esta tarde hemos preparado para ustedes un extenso espectáculo científico-didáctico que podría titularse: "La vaca y la mosca" o "Los peligros de la leche cuajada". Sé que todos ustedes tienen la precaución de lavarse cuidadosamente los pies antes de acariciar a los animales, porque las vacas, a pesar de las apariencias, lo son; pero, desgraciadamente, no todos nos acordamos de hervirnos las manos antes de beber la leche. La Naturaleza es sabia, y si se me permite una metáfora, vegetariana, pero no todo el monte es orégano. (*Aparece ARQUÍMEDES llevando una lámina ilustrativa en el pecho y otra en la espalda. Don JUSTO explica el grabado.*) Ustedes pueden ver aquí el delicado y complejo mecanismo de la pasteurización, todo perfectamente disimulado adentro de este animal forrado en skaí de varios colores. Sin embargo, el verdadero tema de esta charla es éste (*ARQUÍMEDES se vuelve de espaldas mostrando el otro grabado.*): ¡La Lampronia Volátil!, conocida como la mosca del, si se me permite una metáfora literaria, estiércol. La Lampronia Volátil ronda ahora mismo por encima de nosotros, y no es extraño. Este insecto prefiere, al igual que los coleccionistas, las naturalezas muertas. ¡Y ahí está el peligro! En los suburbios donde ustedes viven, desgraciadamente tan olvidados, la Lampronia tiene su paraíso terrenal. Sí, amigos, en cada cucharilla de plata (y algunas veces también

de aluminio niquelado), están sus huevos, perfectamente visibles a ojo de buen huevero. Por eso, cuando vemos a esas tiernas criaturas de pocos meses ir a beber leche directamente al pie de la ubre, nuestros higiénicos corazones sangran. ¡Nada más nocivo para las vacas que los niños escrofulosos!... ¿Y qué diremos de vuestros hijos, esos pobres ángeles indigentes que juegan con las moscas como si fueran monjitas de la caridad?

Permítame para terminar, repetir, como en cada charla, el Decálogo de la Organización Mundial de la Salud. (A ARQUÍMEDES.) ¡El Decálogo! (ARQUÍMEDES *saca del bolsillo un papel y se lo da. Leyendo.*) "1o. No se coma las uñas crudas. 2o. No trague saliva en los momentos difíciles. 3o. Lave su coche todos los sábados con detergente 'Glory'. 4o. No consuma ostras sin receta médica. 5o. Este punto está en reestudio por F. A. O. 6o. No piense demasiado. 7o. Evite las moscas muertas. 8o. El alcohol mata. El L. S. D., tampoco. 9o. Si ve a una mosca, llame inmediatamente al Ministerio de Salubridad. 10o. Rece. Teníamos preparada también una charla sobre los bacilos de la misantropía y la unión libre, pero hemos recapacitado y decidido terminar aquí. Como decía Pascal al acostarse: Buenas noches a todos.

(JUSTO *saluda al público. ARQUÍMEDES aplaude.*)

ARQUÍMEDES (*Sin dejar de aplaudir*): Retíren el cupón correspondiente y salgan por la puerta del fondo, sin atropellarse.

ARQUÍMEDES *descorre las cortinas del escenario (una increíble acumulación de envases de cartón) y aplaude a don JUSTO. Este sube al escenario, saca una botella de whisky y bebe un gran vaso. ARQUÍMEDES sigue aplaudiendo. JUSTO se sirve otro vaso de whisky y lo bebe. Está deprimido. ARQUÍMEDES sigue aplaudiendo.*

JUSTO: Es humillante Arquímedes, nadie aplaudió.

ARQUÍMEDES (*Sin dejar de aplaudir*): Nadie, don Justo.

JUSTO: Antes a los pobres, a los verdaderos pobres, cuando les hablábamos de sus plagas y de la mugre de sus casas siempre aplaudían.

ARQUÍMEDES (*Sin dejar de aplaudir*): Estos no.

JUSTO: Es que éstos son prósperos burgueses que vienen a divertirse. Se les habla de las alcantarillas y se aburren. Es incomprensible. ¡Basta, Arquímedes, basta por hoy! (ARQUÍMEDES *deja de aplaudir.*) Había una señora en tercera fila que, con una mano llena de anillos de diamantes, me hacía gestos obscenos.

ARQUÍMEDES (*Tímidamente*): Qué haya que suspender las charlas higiénicas para indigentes. Cada día es más difícil encontrar a alguien que necesite algo. Es terrible.

JUSTO: Puro egoísmo, Arquímedes, puro egoísmo. Las lentejas que

enviamos a las familias pobres las usamos como gravilla en los senderos de sus jardines o el aparcamiento de sus coches. He visto a un industrial, al que hemos estado ayudando abnegadamente durante años, que empleaba nuestro queso en latas para alimentar a quince cachorros Doberman.

ARQUÍMEDES: Ya se sabe que no hay que esperar agradecimientos, don Justo.

JUSTO: Una organización como la nuestra debe dejarse morir. Las autoridades debieran hacer algo. Nuestro Instituto Ecuménico de Asistencia Total necesita urgentemente asistencia total.

ARQUÍMEDES: Claro... no es culpa nuestra si ya no hay pobres.

JUSTO: Naturalmente, pero también hay que reconocer que últimamente tú no has estado tan eficiente como antes. Hace dos años descubrías por lo menos seis o siete pobres a la semana; ahora, en cambio, fuera de la viejecita que encontraste comiéndose un formulario de Correos, no has encontrado a nadie.

ARQUÍMEDES: ¿Y los dos pobres que llevamos a la Exposición Internacional? ¡Causaron sensación en el stand del Instituto Ecuménico!

JUSTO: No seas hipócrita, Arquímedes. Sabes perfectamente que fueron contratados a sueldo por nosotros. Uno era conde y el otro, rentista.

ARQUÍMEDES: La prensa dijo que era un impacto a la sensibilidad de cualquiera persona decente.

JUSTO: Bueno, ¿y desde entonces, qué? Nada. Absolutamente nada.

ARQUÍMEDES: ¡Qué más quisiera yo que hubiera hambrientos y miserables en abundancia! ¡Pero no los hay! No puedo hacer nada.

JUSTO: Nunca has hecho nada.

ARQUÍMEDES: Hay que saber esperar. Cualquiera día veremos de nuevo a la gente en las esquinas pidiendo limosna.

JUSTO: ¿Esperar qué? ¿Qué disuelvan este Instituto? Le he dedicado quince años a los pobres: estudios, estadísticas, proyectos, cálculos y ahora me pagan con esto. Uno ha tenido un solo objetivo en la vida: la Misericordia. Y ahora resulta sencillamente que no existe. (*Levantando el tono.*)

¡Pues yo te digo que la miseria existe, y si no existe hay que inventarla de nuevo! Debo pensar en mi vocación social antes que nada. ¡Arquímedes, eres un inepto!

(ARQUÍMEDES *se acerca a don JUSTO, y al hablar le echa el aliento en la cara.*)

ARQUÍMEDES: Tengo mi dignidad, don Justo, sólo que no me acuerdo dónde está.

JUSTO (*Retrocediendo por el tufo*): Hueles a tinta fresca. Eres un vicioso, un degenerado. Solamente te tomé para ayudar a levantar a un hombre caído, pero ha sido inútil.

ARQUÍMEDES: Todos tenemos una debilidad.

JUSTO: Arruinado por el vicio. Todavía sigues tomándote la tinta a escon-

didadas. No he querido decir nada para evitar un escándalo, pero ésta es la verdad. ¡Aquí se gastan quince litros de tinta a la semana!

ARQUÍMEDES (*Compungido*): No puedo evitarlo, don Justo, no puedo.

JUSTO: Al darte este trabajo se te habló claramente: ni una gota a escondidas, ni siquiera chupar la estilográfica.

ARQUÍMEDES (*Lloriqueando*): No soy responsable. Veinte años escribiendo actas en una notaría fue demasiado para mí.

JUSTO: ¡Basta! Me aburres. Sé de memoria todos tus pecados. (*Consultando sus papeles.*) ¿Qué hay de la pista que nos dieron sobre tres familias indigentes?

ARQUÍMEDES (*Consultando una pequeña libreta*): Una de las familias estaba fuera. . . , en un crucero por el Mediterráneo. La otra necesitaba comida, sí, pero para sus caballos de raza. Con la última llegué a un arreglo. . .

JUSTO: ¿Qué arreglo?

ARQUÍMEDES: Se harán pasar por pobres, llenarán la ficha de indigentes y recibirán los regalos y las lentejas. . . , siempre que se les compense económicamente.

JUSTO: Ya sé: un chantaje. ¿Cuánto?

ARQUÍMEDES: Cien mil. Las necesitan para terminar la piscina.

JUSTO: ¿Y son convincentes?

ARQUÍMEDES: Bueno. . . , muy convincentes no son, pero me prometieron que en una semana tendrían un olor insoportable.

JUSTO: Nos servirán para justificar la semana, pero si no encuentras algo mejor en los próximos quince días, anda pensando qué vas a hacer. Aquí no estamos para regalar nuestra tinta a funcionarios viciosos.

ARQUÍMEDES: Haré lo posible, don Justo, se lo juro.

(*Entra MARÍA PIEDAD. Es una mujer madura pero bien conservada y algo llamativa. Está nerviosa.*)

JUSTO (*Al verla*): ¡María Piedad!

MARÍA PIEDAD: Me alegro que esté solo.

Esta vez me va a escuchar.

JUSTO: No estoy solo. Está Arquímedes.

MARÍA PIEDAD: Ese es un cero a la izquierda. (JUSTO hace un gesto chasqueando los dedos y ARQUÍMEDES sale. Obedientemente.) Quedó desecha, Justo.

Completamente quebrantada.

JUSTO: ¿Quién?

MARÍA PIEDAD: . . . Y usted es el culpable.

JUSTO: ¿Quién quedó desecha?

MARÍA PIEDAD: La Fraternidad de Bridge.

JUSTO: ¿Por qué?

MARÍA PIEDAD: Las dejé con la bilis en la boca por venir corriendo. ¿Es verdaderamente tan urgente?

JUSTO: Sí, lo es. Debemos hacer una Reunión de Directorio.

MARÍA PIEDAD: No me diga que encontró algún pobre.

JUSTO: No, María Piedad, ninguno.

MARÍA PIEDAD: ¿Alguna pareja que vive sin estar casados?

JUSTO: No. Todos viven casados tres o cuatro veces.

MARÍA PIEDAD: Entonces no comprendo. Usted sabe perfectamente que interrumpir una partida de bridge es fatal para la salud. Produce neurosis.

JUSTO: Necesito hablar con usted, María Piedad.

MARÍA PIEDAD: ¡Qué fastidio! Yo sólo puedo dedicarle al Instituto Ecuménico los sábados por la tarde.

JUSTO: Y a mí los sábados por la noche y a su marido las siestas de los domingos.

MARÍA PIEDAD: Hay que organizarse, Justo. ¡Qué sería de mí sin organización!

JUSTO: Es precisamente lo que yo quiero hacer. Esta Institución de consuelo semanal que dirigimos no puede morir por un detalle.

MARÍA PIEDAD: ¿Cuál?

JUSTO: Los desconsolados.

MARÍA PIEDAD: Usted exagera. El que no hayamos visto hace seis o siete años a un muerto de hambre, no es para desesperarse.

JUSTO: Esta situación se prolonga demasiado. Han llegado amenazas desde Bruselas de suspender toda subvención si no se ven resultados inmediatos. El Organismo Internacional que nos financia está molesto porque sólo enviamos planes y folletos. Quieren algo más concreto.

MARÍA PIEDAD: ¡Qué impertinencia! Pertenezco a doce Comités Directivos y nunca me han controlado con esa grosería.

JUSTO: Nuestra declaración de principios dice que no hay que esperar gratitud.

MARÍA PIEDAD (*Acusatoria*): Ni jubilación. . .

JUSTO (*Picado*): Ni figuración social.

MARÍA PIEDAD: ¡Tampoco se nos puede pedir que seamos héroes anónimos!

JUSTO: En este país, María Piedad, los únicos héroes reconocidos son los boroberos y los cornudos.

MARÍA PIEDAD: ¡Oh!

(*Da un respingo un poco molesta.*)

JUSTO: Créame, María Piedad, la situación es muy delicada. Hace cinco años los repartos se hacían regularmente. Hoy tenemos que colocar anuncios ofreciendo gratificación para que caiga algún incauto.

MARÍA PIEDAD: ¿Y la asistencia espiritual? Nuestro asesor religioso está tan deprimido, que he tenido que mandarlo a la casa de reposo que tenemos en la playa. Si no consigue pronto alguien a quien asesorar, yo creo que va a volverse loco. Estoy completamente de acuerdo con él que si la gente ha dejado de ser pobre, es únicamente por falta de fe.

JUSTO: Y de imaginación. Cuando hace algunos años lancé la campaña de

la desinfección de las letrinas, la gente lloraba conmovida y hubo alguien, un fanático quizá que me lanzó flores. Hoy, en cambio, he hablado ante una sala vacía en la que sólo había una millonaria que me insultaba en forma grosera.

MARÍA PIEDAD: Lo bueno no podía durar. (*Nostálgica.*) ¡Esas agradables tardes de los sábados en las chabolas! . . . En ese tiempo visitábamos a los pobres Verónica Surrástegui, las hermanas Gonzaga de Heredia y la Condesa de Liria. Les llevábamos leche en polvo e insecticida. “¡Llegaron las señoritas!” gritaban los niños. Y en seguida nos poníamos a limpiar mocos y a empadronar a las parejas que vivían en pecado.

JUSTO: Hermosos recuerdos.

MARÍA PIEDAD: Y no quiero hablar de la semilla religiosa que uno dejaba caer, así a la pasada, disimuladamente, porque esta gente es muy susceptible. Hacíamos concursos florales y adoraciones nocturnas. ¡Una se sentía tan apostólica! Después la Condesa de Liria nos invitaba a merendar y teníamos tema para toda la tarde.

JUSTO: Pero cuando me conoció dejó de ir a merendar con la Condesa después de las chabolas.

MARÍA PIEDAD: Creo que lo que me encandiló en usted fue su entusiasmo proselitista.

JUSTO: Gracias.

MARÍA PIEDAD: Pero también usa algún truco. El pillín me dijo que tenía un problema grave que consultarme.

JUSTO: De veras lo tenía.

MARÍA PIEDAD: Y me lo consultó.

JUSTO: En un catre de emergencia para indigentes.

MARÍA PIEDAD: A usted los problemas le surgían todos los sábados por la tarde.

JUSTO: Son problemas periódicos.

MARÍA PIEDAD: Mis hijos me decían que tanto trabajo con usted terminaría por enfermarme.

JUSTO: No lo creo. Es muy sano.

MARÍA PIEDAD: Es triste, ¿no es cierto? La demagogia terminó con las chabolas y ya no quedan pobres. Estamos solos, completamente solos.

JUSTO. (*Tomándole la mano*): Sí, estamos solos y tengo un problema urgente que quiero consultarle.

MARÍA PIEDAD: ¿Otra vez? . . .

JUSTO (*Urgente*): Mi problema es usted. Mis inquietudes espirituales de siempre.

MARÍA PIEDAD: ¡Pero si todavía no es sábado!

JUSTO: Esta vez se me adelantaron.

(JUSTO trata de abrazar a MARÍA PIEDAD.)

MARÍA PIEDAD (*Resistiéndose un poco*): Justo, usted es mi calvario semanal.

JUSTO: Sacrifíquese.

MARÍA PIEDAD: Lo que a mí me arruina es mi sensibilidad. Veo a un necesitado y soy capaz de sacarme la ropa para cubrirlo.

JUSTO (*Entusiasmado*): ¡Hágalo!

MARÍA PIEDAD: El desinterés nos hunde, Justo ¿Qué podemos hacer en una época tan corrompida?

JUSTO (*Besándola*): Algo se nos ocurrirá.

MARÍA PIEDAD (*Antes de entregarse*): Avíseme a las ocho y media. Tengo una cita.

(*Se besan. Entra ASUNTA. Queda petrificada y luego reacciona.*)

ASUNTA: ¿Me pueden explicar esto? . . . (JUSTO y MARÍA PIEDAD no la oyen y siguen pegados en el beso.) ¡Exijo una explicación! . . . (JUSTO y MARÍA PIEDAD siguen pegados en el beso. En un alarido.) ¡¡Dimito!!

(*Sólo ahora se separan JUSTO y MARÍA PIEDAD, con desenvoltura, besa en las mejilla a ASUNTA.*)

MARÍA PIEDAD: ¡Ah, pero si es Asunta, la devota mosca muerta!

ASUNTA (*Hipócrita*): ¡Ah pero si es María Piedad, la devoradora de Justos!

MARÍA PIEDAD: A falta de clase, tienes bigotes.

ASUNTA: A falta de vergüenza, tienes dinero.

JUSTO (*A ambas*): Tomen asiento, por favor.

ASUNTA: El imbécil piensa con las asentaderas.

(*Las dos mujeres se sientan alrededor del escritorio de don JUSTO.*)

JUSTO (*Impasible, dirigiendo una imaginaria reunión de Directorio*): En esta forma, abrimos la reunión de Directorio del Instituto Ecueménico. Doy la bienvenida a los miembros del Directorio. La Tabla es la siguiente.

MARÍA PIEDAD (*A ASUNTA. Agresiva*): Represión.

ASUNTA (*A MARÍA PIEDAD*): Concupiscencia.

MARÍA PIEDAD: Frigidez.

ASUNTA: Antropofagia.

JUSTO (*Siguiendo en su tono de presidente y tomando notas de vez en cuando*): Ofrezco la palabra sobre el primer tema de la tabla.

MARÍA PIEDAD (*Violenta*): Es bien poco lo que se puede decir sobre ti. Está bien claro: resentida social, virgen a pesar tuyo y pie plano.

ASUNTA (*Violenta*): Sólo podría agregar lo que es conocido de todos: Pienzas con el sexo, eres analfabeta cirrósica.

JUSTO (*Tomando notas*): No hay acuerdo. Se somete a votación.

ASUNTA: Me abstengo.

MARÍA PIEDAD: Se te nota.

ASUNTA: ¿Y tu voto?

MARÍA PIEDAD: Al mejor postor.

JUSTO: Bien. Aprobado por unanimidad la primera moción: "La Caridad es la base de la Convivencia". Ahora pasaremos a la segunda moción: "La Caridad y la Dignidad Humana".

MARÍA PIEDAD: Lechuza.

ASUNTA: Perra.

MARÍA PIEDAD: Lagarta.

ASUNTA: Coneja.

MARÍA PIEDAD: Vieja.

ASUNTA: Teta.

MARÍA PIEDAD: Seca.

(Ambas ladran al unisono, como perras en celo a la luz de la luna.)

JUSTO: Estamos completamente de acuerdo. Quiero entonces plantear ahora la cuestión esencial: ¿debemos silenciar estas luminosas verdades que poseemos o debemos propalarlas a los cuatro vientos?

MARÍA PIEDAD (*En voz baja*): Entre nosotros. . . eres bien inteligente, Asuntita, pero estás algo pasadita. Le das a Arquímedes unas miradas de náufrago, que me pone la carne de gallina. Claro que hay que disculparte, dicen que la necesidad tiene cara de Arquímedes.

ASUNTA: ¡Dios me libre de hablar mal de ti, María Piedad! ¡Eres el alma del Instituto! ¡Qué dedicación! Me parece conmovedora la forma en que te acuestas con todos los robustos indigentes de menos de cincuenta años.

MARÍA PIEDAD: Sé que eres una tumba, sólo por eso me atrevería a contactarte algo confidencial.

ASUNTA: Tumba no, sepulcro blanqueado. Cosa que me cuentan se pudre conmigo.

MARÍA PIEDAD: Bueno, fíjate que la otra noche vi a Justo saliendo de . . .

(Ahora las dos cotorrean y susurran entre risitas ininteligibles.)

JUSTO: Bien, el entusiasmo de ustedes no me sorprende. Ahora pido al Honorable Directorio que considere la proposición de realizar un "Congreso Mundial de la Miseria", cuyo slogan de propaganda sería: ¡Préstame tu harapo! Delegados hambrientos de cuarenta países. Asamblea final en el Palacio de los Deportes, con repartición de gorros de fantasías, clavos de olor y ediciones populares de guías telefónicas en ocho idiomas. ¡Abro debate sobre el tema!

ASUNTA (*A MARÍA PIEDAD*): Carnívora, te encantan los Congresos. Podrás lucir tu nuevo abrigo de piel de víbora.

MARÍA PIEDAD: Reseca, podrás llamar la atención en el discurso de clausura con tus anteojos intelectuales de culo de botella.

ASUNTA: Durante el congreso estarás todo el tiempo al lado de Justo pellizcándolo por debajo de la mesa.

MARÍA PIEDAD: Podrás rozarte con cinco continentes, rata de sacristría.
JUSTO: Dejo constancia en el acta del entusiasmo con que han apoyado la idea. Gracias. Antes de levantar solemnemente la sesión, quiero agregar que me reconforta el calor humano que encuentro en el seno (*Mira a MARÍA PIEDAD.*) de esta institución. ¿Alguien tiene algo más que decir?

MARÍA PIEDAD: Beata. . .

ASUNTA: Ramera.

JUSTO: Lo agregaré al acta.

(Anota.)

MARÍA PIEDAD (*A JUSTO*): Cretino.

ASUNTA (*A JUSTO*): Indecente.

JUSTO: Nuevamente. . . gracias. Levanto esta sesión "ordinaria" y reitero mis agradecimientos a este Directorio querido por tantos conceptos.
¡Rompan filas!

(Cambia inmediatamente el tono general: ASUNTA va hacia un mueble y saca unas tazas. MARÍA PIEDAD se sienta en uno de los sillones.)

MARÍA PIEDAD: Asuntita, guapa, prepara un poco de café.

ASUNTA: Claro, Marita, para eso estamos.

MARÍA PIEDAD: El pillín de Justo se tenía este congreso entre pecho y espalda y no nos había dicho una palabra.

(ASUNTA, preparando el café va de un lado a otro.)

JUSTO: ¿En qué malos pasos andaba, Asuntita?

ASUNTA: Venía de hablar con mi pedicuro. Son un gran alivio para los pobres subconscientes como el mío.

MARÍA PIEDAD: A propósito de pobres, ¿de dónde vamos a sacarla para el Congreso de la Miseria?

JUSTO: ¿Vamos a sacar qué. . . ?

MARÍA PIEDAD: Miseria. Conseguir un poco nos cuesta siempre un dinerito.

JUSTO: ¿No bastará con los ejemplares extranjeros? Los países desarrollados siempre traen a estos Congresos unos pobres muy hermosos.

MARÍA PIEDAD: Un mínimo de decoro como organizadores nos exige contar con unos piojentos folklóricos.

ASUNTA (*Pendiente con los preparativos del café*): ¿Con azúcar o sin? . . .

MARÍA PIEDAD: ¿El qué?

ASUNTA: El café.

MARÍA PIEDAD: Dos terrones.

JUSTO: Sería imposible disfrazar a nadie como otras veces. De Bruselas mandarían un Doctor en Sociología.

ASUNTA: ¿Negro o con leche?

JUSTO: Con mucha mala leche.

ASUNTA: Así es como me gusta también a mí el café.

(ASUNTA lleva las tazas a la mesita.)

JUSTO: María Piedad tiene razón. La miseria de atrezzo ya no convence a nadie. Estamos en un aprieto. ¿Qué me aconsejan?

ASUNTA: ¿Galletitas o pastel?

MARÍA PIEDAD: Galletas.

JUSTO: Sí, creo que es la mejor solución.

MARÍA PIEDAD (*Revolviendo el café*): De todas maneras, por un pobre más o menos no vamos a perder la ocasión de conocer a esas notabilidades en Sociología.

ASUNTA: ¿No estarán un poco pasadas?

MARÍA PIEDAD: ¿Qué dices? . . . Son eminencias.

ASUNTA: Me refiero a las galletas.

MARÍA PIEDAD: Tienes una dispersión orgánica, Asuntita, pierdes como una regadera.

(*Entra ARQUÍMEDES precipitadamente. Balucea algo en forma entrecortada y sale de nuevo. Todos se quedan petrificados. Ahora entra de nuevo ARQUÍMEDES empujando un enorme cajón de embalaje que lleva en un portaequipajes.*)

ARQUÍMEDES (*Sin aliento*): Lo tengo. . . , lo tengo.

ASUNTA: ¡Archi!

(*ARQUÍMEDES vuelve a entrar empujando una caja de madera de las que sirven para embalar artículos de importación. El cajón lleva inscripción en inglés: "This side up. Glass ware. Handle carefully."* MARÍA PIEDAD y ASUNTA se levantan sorprendidas. JUSTO no parece sorprenderse tanto.)

MARÍA PIEDAD: Arquímedes, ¿qué le pasa?

ASUNTA: Parece que se siente mal.

(*ARQUÍMEDES se desploma en un sillón.*)

JUSTO: Seguramente se ha emborrachado en la tintorería de la esquina.

ASUNTA (*Acercándose a ARQUÍMEDES*): ¡Arquímedes, no puedo creerlo!

JUSTO (*Mostrando el cajón*): Donaciones. Tenemos la bodegas atestadas de los vitamínicos desperdicios de los americanos.

ARQUÍMEDES (*Recobrando el aliento*): Lo tengo, lo tengo.

JUSTO (*Poniéndose en pie*): Arquímedes, lo que usted tiene que hacer es buscar un empleo.

ARQUÍMEDES: Lo encontré. . . , lo encontré.

ASUNTA: ¡Pobre Archi!. . . ¿Quiere una tacita de café?

ARQUÍMEDES: Lo encontré. Lo encontré. Lo traje conmigo. No quería venir. No quería.

MARÍA PIEDAD (*Condescendiente*): Tranquilo, Arquímedes, tranquilo.

ASUNTA: Por favor, Archi, ¿qué encontró?

ARQUÍMEDES (*Tomando aliento*): Un pobre.

JUSTO: ¿Un qué?

ARQUÍMEDES: Un pobre.

MARÍA PIEDAD: ¿Quiere decir. . . un pobre. . . , pobre?

ARQUÍMEDES: Sí.

JUSTO: ¿Uno. . . , uno de verdad?

ARQUÍMEDES: Parece que sí.

JUSTO: ¿Dónde está?

ARQUÍMEDES (*Señalando el cajón*): Aquí.

JUSTO: Ahora nos mandan pobres envasados de Estados Unidos. Acertaron por fin. Era una urgente necesidad y si envían los suficientes pronto llenarán un gran vacío. ¿Sabrá castellano?

ARQUÍMEDES: Lo metí en un cajón de sopa en polvo porque no quería venir. Lo encontré en un vertedero.

MARÍA PIEDAD: Entonces es un pobre vernáculo. ¡Qué excitante! (*Va hacia el cajón y pega la oreja a las tablas.*) ¡Respira!

ASUNTA (*Admirada*): ¿Lo hizo usted solo, Archi?

JUSTO: Desconfío.

ARQUÍMEDES: Puede verlo usted mismo.

(*ARQUÍMEDES va hacia el cajón.*)

MARÍA PIEDAD: Hace quince años que no veo uno.

ASUNTA: ¡Cuidado, Archi! Es peligroso.

JUSTO: No está claro, Arquímedes. Usted salió hace un cuarto de hora de aquí, medio borracho y vuelve en seguida con un pobre. Es increíble.

ARQUÍMEDES: Salí tambaleándome. Me sentía mal y fui a vomitar a un vertedero. Algo se movió entre latas. Como estaba mareado, creí que se movía la chatarra. Pero no. Era él. . . . Entonces lo metí aquí y me vine empujando.

JUSTO: ¡No me cuente más fantasías! ¡Abra ese cajón!

ARQUÍMEDES: Sí, don Justo.

ASUNTA (*Subiéndose a una silla*): ¡No se acerque mucho, Archi!

(*ARQUÍMEDES abre la parte del cajón que da al público. Cae la tapa. Ante la sorpresa general el cajón se ve vacío.*)

MARÍA PIEDAD: No veo nada. ¿Y ustedes?

ASUNTA: ¡Puede estar por ahí dentro!. . . ¿Era muy pequeño, Archi?

JUSTO: Borracho mentiroso. ¡Arquímedes, queda despedido!

ARQUÍMEDES (*Lloroso*): ¡Tienen que creerme! Estaba aquí. Se me debe haber caído. ¡Por favor, créanme!

(ARQUÍMEDES *corre hacia la puerta*.) Tiene que estar en la calle. ¡Venga, don Justo, tiene que estar por ahí!

(*Salc.*)

ASUNTA (*Bayando de la silla y yendo hacia la puerta*): Vamos. Ayudémoslo. Hay que encontrarlo vivo.

(*Salc. Se oyen las voces afuera.*)

MARÍA PIEDAD (*Acercándose al cajón*): Es curioso.

JUSTO: ¿Qué?

MARÍA PIEDAD: Lo que dice Arquímedes es verdad.

JUSTO: ¿Qué cosa?

MARÍA PIEDAD: Lo del pobre.

JUSTO: ¿Por qué?

MARÍA PIEDAD: Estuvo metido aquí. Dejó el olor, es inconfundible.

JUSTO: Reconozco el olor a pobre a un kilómetro. ¡Dios mío! ¡Si fuera verdad! (*Salen. Se oyen los comentarios afuera. Un momento la escena vacía. Aparece lentamente la mano de un ser andrajoso y miserable. Es CHATARRA. Aparece de a poco detrás de unos de los cajones de embalaje. Mira el interior de la habitación con curiosidad. Es un hombre de edad casi indeterminada. Pero la vivacidad de sus ojos y la malicia son las de un hombre joven. La cara, las manos y la ropa tienen el color del hierro oxidado. No parece especialmente asustado ni interesado. CHATARRA inspecciona el lugar. Descubre las galletas y el pastel y se sienta a comer con cierta apresurada avidez. La voces de afuera se aproximan. Entran JUSTO y MARÍA PIEDAD. Luego ASUNTA y ARQUÍMEDES. Van descubriendo uno a uno a CHATARRA.*) Sí, estoy de acuerdo que lo necesitamos, pero me niego a seguir buscando. El desaparecer así es la típica actitud proletaria.

(*Lo ve. Queda estupefacto.*)

MARÍA PIEDAD: Arquímedes, ¿no sería una alucinación? Yo también, a veces.

(*Lo ve. Queda estupefacta.*)

ARQUÍMEDES: Es terrible. Es terrible.

ASUNTA: Archi, por favor, no lo tome así.

(*Lo ve. Queda estupefacta. De pronto, ARQUÍMEDES ve a CHATARRA.*)

ARQUÍMEDES: ¡Ahí. . . , ahí está. . . ! ¡Es él! . . .

MARÍA PIEDAD: ¿Quién?

JUSTO: ¿Eso?

ASUNTA (*En un chillido*): ¡Cierren las puertas!

(*Se acercan cautelosamente.*)

ARQUÍMEDES (*Triunfante*): ¿Alguien duda todavía?

JUSTO: No quiero adelantar un juicio.

MARÍA PIEDAD: ¿Habla?

ASUNTA: ¿Cómo se llama?

ARQUÍMEDES: No se acuerda. Le dicen Chatarra.

MARÍA PIEDAD: ¿Chatarra? Es gracioso. Parece nombre de payaso.

JUSTO (*Carraspeando*): Señor. . . , señor Chatarra, ¡Chatarra!

CHATARRA (*Comiendo los últimos restos del pastel*): ¿Qué?

JUSTO: Quiero preguntarle algo.

MARÍA PIEDAD: Hágame preguntas indirectas para no humillarlo. Con sutileza se gana un amigo.

JUSTO: Está bien. Chatarra. ¿Por qué no se lava? ¡Huele como el demonio!

CHATARRA: No huelo nada, palabra.

MARÍA PIEDAD (*Con un bloc para tomar notas*): ¿Quiere pedir algo o hacer alguna pregunta?

CHATARRA: ¿Han visto a "Angel"?

ASUNTA: ¿A quién?

CHATARRA: Venía conmigo en el cajón.

JUSTO: ¿Quién venía en el cajón?

CHATARRA: El "Angel", mi perro. Me sigue a todas partes.

JUSTO: No perdamos tiempo.

ASUNTA: Justo, déjame a mí por favor. (*Se acerca a CHATARRA.*) Sufre mucho, ¿verdad, Chatarra?

CHATARRA: Me aprieta un zapato, señorita.

MARÍA PIEDAD (*Anotando*): Zapatos.

CHATARRA: En un tarro encontré un zapato viejo, pero el finado debe haber sido enano. Claro, que yo me hago a todo.

ASUNTA (*Sin darse por vencida*): ¿La soledad es muy atroz, buen hombre?

CHATARRA: La Ofelia está muy vieja, pero de noche todos los gatos son pardos.

ASUNTA: ¿La Ofelia? ¿Están casados?

CHATARRA: Le voy a preguntar a la Ofelia. Entiende mucho de esas cosas.

MARÍA PIEDAD (*Anotando*): Matrimonio civil y religioso.

JUSTO: No es que desconfíe, pero prefiero la certidumbre. Y para eso lo mejor es el prontuario. Chatarra, ¿usted es un pobre habitual, ocasional o congénito?

CHATARRA: Soy zurdo, señor. Por eso me echaron.

JUSTO: ¿De dónde le echaron?

CHATARRA: Yo trabajaba con los ojos.

JUSTO: ¿Pintor, relojero?

CHATARRA: No. Hacía ojos de vidrio. Usted sabe que hoy día casi todo el mundo lleva ojos de cristal, hasta los que tienen los ojos buenos y sanos.

Es la moda, sí que yo vendía mucho. Me demoraba una semana en hacer un ojo o dos, según el pedido. Ojos rojos o amarillos, ojos con buenos o malos pensamientos. Era un buen oficio hasta que llegaron los ojos importados, fabricados en serie.

JUSTO: ¿Cómo puedo saber si todo eso es verdad?

CHATARRA: Déme un trozo de cristal y le hago un ojo a usted mismo. No me gusta su ojo derecho. Es cochino y envidioso. Como especialista le digo que desentona en su cara verde.

MARÍA PIEDAD (*Apuntando*): Conseguir Manual Elemental de Educación Proletaria.

ASUNTA: ¿Y mis ojos, Chatarra? ... Archi los encuentra tímidos.

CHATARRA: Bah, son de plástico.

ARQUÍMEDES (*Sorprendido*): ¡Oh, Asunta! ¿Es posible?

JUSTO: María Piedad, busque el Test para Reconocer Pobres que teníamos. Hace años que no se usa. Debe estar medio comido por los ratones.

(MARÍA PIEDAD *sale*.)

ARQUÍMEDES (*Intercediendo*): Su primera reacción frente a la comida fue positiva, don Justo.

JUSTO: Me pareció un efecto estudiado.

ARQUÍMEDES: Además tiene mujer y un perro. Eso es sintomático.

JUSTO: Necesito estar completamente seguro.

ARQUÍMEDES: Son demasiadas coincidencias.

JUSTO: Todo necesita un trámite, si no adónde iríamos a parar.

(*Entra* MARÍA PIEDAD.)

MARÍA PIEDAD (*Entregándole un libro comido por los ratones*): Sólo queda esto del Test.

JUSTO (*Echándole una ojeada*): Lo esencial. (*Leyendo*.) Resentimientos económicos. (*Saca de su libreta un billete grande y lo pone cerca de la cara de CHATARRA*.) ¿Ves este billete? ... Di lo primero que pase por tu mente.

(JUSTO *anota en el cuaderno y guarda el billete. Leyendo en el libro*.) Resentimientos sociales:

¿De niño con cuántas personas dormía en una cama?

CHATARRA: ¿Cama?

JUSTO: Sí.

CHATARRA: Dormíamos en el suelo.

(JUSTO *anota*.)

JUSTO: ¿Sabes leer?

CHATARRA: Las líneas de la mano, señor.

(JUSTO *anota*.)

ARQUÍMEDES (*A ASUNTA*): ¡Es un hallazgo! ¿no es cierto?

ASUNTA: Un ser dulce y primitivo.

(CHATARRA *escupe ruidosamente*.)

CHATARRA: ¿Puedo hacer una pregunta, señor?

JUSTO: Sí.

CHATARRA: ¿Esto es una cárcel o un burdel? He estado en todas partes, pero no se parece a ninguna.

MARÍA PIEDAD: Es el Instituto Ecuménico de Consuelo Semanal para Indigentes. Queremos levantarlo de su postración.

CHATARRA: No entiendo.

MARÍA PIEDAD: Es muy sencillo. Queremos terminar con el hambre y las lágrimas.

CHATARRA (*A MARÍA PIEDAD*): ¿Hace tiempo que no llora, señorita?

MARÍA PIEDAD: Sí. ¿Por qué?

CHATARRA: Debería llorar más. La Ofelia dice que llorar es bueno para la vista.

JUSTO: ¡Basta de tonterías! Tengo que terminar el Test. (*Leyendo*.) Aspiraciones: ¿Qué cosa desearía tener para vivir más feliz?

CHATARRA: Un imperdible. Los pantalones se me caen.

MARÍA PIEDAD (*Anotando*): Imperdible.

JUSTO: ¿Nada más?

ARQUÍMEDES: ¡Pida, pida!

CHATARRA: Bueno, creo que me decidiría por unos dientes postizos para la Ofelia.

MARÍA PIEDAD (*Anotando*): Postizos.

ARQUÍMEDES (*Excitado*): ¡Pida, Chatarra, pida!

CHATARRA (*Envalentonándose*): Si es por pedir, me gustaría que anotara otra cosita entonces. Yo.

JUSTO: Eso es todo. (*Cierra el libro*.) Aunque parezca totalmente increíble, una paradoja casi, señores, se trata de un verdadero pobre.

ASUNTA: ¡Enhorabuena, Chatarra!

MARÍA PIEDAD (*Echándole insecticida a CHATARRA con un fumigador*): ¡Un hermano nuestro ha sido hallado! Aleluya, aleluya, aleluya.

JUSTO: Y el Congreso de la Miseria se ha salvado.

ARQUÍMEDES: Arquímedes, tu pequeña hora de gloria tenía que llegar.

ASUNTA: Archi, me gusta que sea temerario.

(Mientras continúan el diálogo, CHATARRA se sienta en el suelo y se saca un zapato. Lo deja a un lado.)

JUSTO: No nos precipitemos. Hay que organizar hasta el menor detalle. Hay que formar comités y subcomités. En primer lugar, hay que almacenar a Chatarra en alguna de las bodegas hasta el día de los regalos, en que recibirá comida, vestuario y menaje. Como accésit espiritual se mantendrá en ayunas hasta ese día.

ARQUÍMEDES: No hay que olvidarse de la prensa.

JUSTO: Tú formarás el comité de propaganda y prensa.

ASUNTA: Yo me puedo encargar de la Misa de Campaña.

JUSTO: No es apropiado. Estamos en invierno. Bastará con una sencilla procesión de antorchas después del acto.

MARÍA PIEDAD: Vamos a tener mucho que hacer. Desde luego tendré que comprarme un vestido nuevo.

ARQUÍMEDES: ¿Invito a los Masones y la Cruz Roja?

JUSTO: Por ningún motivo. Será una ceremonia hogareña. Algo tierno, lleno de calor humano. Simplemente el regreso del Hijo Pródigo.

(CHATARRA se ha tendido en el suelo. Se tapa con un diario y queda acurrucado. Los demás, detrás de él, dialogan sin prestarle atención.)

MARÍA PIEDAD: El Hijo Pródigo está roncando.

ASUNTA: Parece un Ángel Caído.

ARQUÍMEDES: Tiene un orzuelo.

JUSTO: Bastante inoportuno.

ASUNTA: ¿Tendrá sucia la conciencia?

MARÍA PIEDAD: Hay que desinfectársela.

ARQUÍMEDES: Yo creo que hay que encerrarlo con llave.

JUSTO: No, no. Cuando despierte le cuelgas en el armario, provisionalmente.

(El ritmo del diálogo se hace cada vez más rápido, mientras, en forma imperceptible, las luces decrecen y sube en resistencia un foco sobre CHATARRA, dormido y cubierto de diarios.)

ASUNTA: Se ha hecho tarde.

MARÍA PIEDAD: A mí se me durmió el pie.

JUSTO: La carne es débil, sobre todo las naigas.

MARÍA PIEDAD: Se pueden reducir tres pulgadas de glúteos, con el Método Manual.

ARQUÍMEDES: Unos tienen poco y otros tienen mucho.

JUSTO: No sé si tengo dos o tres papadas.

ASUNTA: La sensualidad es una trampa.

MARÍA PIEDAD: Me gusta la trompa de Eustaquio.

JUSTO: Se llama Chatarra.

ARQUÍMEDES: Sed indulgentes con sus vicios.

MARÍA PIEDAD: Hoy por mí, mañana por ti.

JUSTO: Ora et labora.

ARQUÍMEDES: Porque es nuestro hermano.

ASUNTA: Nuestro prójimo.

MARÍA PIEDAD: Casi como yo.

JUSTO: Casi como tú.

ARQUÍMEDES: Casi como ene tene tú.

ASUNTA: El amigo del hombre.

MARÍA PIEDAD: El cordón umbilical.

ASUNTA: Mi otro yo.

MARÍA PIEDAD: Tu otro tú.

ARQUÍMEDES: Nuestro vuestro.

ASUNTA	}	Pobrecito.
MARÍA PIEDAD		
JUSTO		

(Los cuatro actores cogen huchas y bajan al patio de butacas haciendo sonar las huchas y pidiendo dinero al público y agradeciendo luego. Recorren todo el patio de butacas y desaparecen en el vestíbulo.)

ACTO SEGUNDO

Al abrirse las cortinas se ve la misma escena del primer acto, con algunos pequeños cambios. Un florero sobre el mesón de atención al público. Un pequeño pedestal a un lado del escenario. Varias guirnalda cruzan la habitación con el distintivo del Instituto Ecuménico. Dos o tres grandes cajas amarradas con anchas cintas de colores, donde se guardan los regalos, sobre el escritorio.

(ASUNTA, en forma nerviosa, está arreglando el florero. Ahora sale por la puerta de la derecha. Vuelve con dos bandejas con canapés. Contempla su trabajo. Parece satisfecha. Espanta a una mosca que se ha posado en los canapés. Lo vuelve a hacer. Ahora sigue irritada el vuelo desaprensivo de la mosca de un lugar a otro. La mosca se para en algún lugar. ASUNTA se acerca cautelosamente a ella. ARQUÍMEDES entra de puntillas llevando una corneta de juguete y una caja de globos. Lleva puesta una nariz postiza. Se acerca a ASUNTA y toca la corneta.)

ASUNTA (Con un grito de sorpresa): ¡Ay!

ARQUÍMEDES: ¿La asusté?

ASUNTA: Asustó a la mosca. De todas maneras no debe andar detrás de mí con malas intenciones. Sabe que soy sensible.

ARQUÍMEDES (Mostrando la corneta): Son para la fiesta. (Mirando la pieza.)

¡Oh, pero usted ha transformado este agujero! ¿No se habrá excedido un poco?

ASUNTA (*Nuevamente con la mirada fija en la mosca*): Chatarra se lo merece.

Hoy recibe sus regalos. Los periodistas tomarán fotografías y no quiero que piensen que somos unos pobres diablos.

ARQUÍMEDES: ¿Será necesario inflar los globos?

ASUNTA (*Saliendo hacia el baño*): Archi, cualquier sacrificio vale la pena. Nada de lo que podamos hacer por ellos es suficiente.

ARQUÍMEDES: ¿Por los pobres?

ASUNTA: No, me refiero a los periodistas.

ARQUÍMEDES: ¡Ah! (*ASUNTA vuelve a entrar. Se ha sacado el delantal y se ha arreglado con cierta coquetería. ARQUÍMEDES, que ha inflado un globo, lo deja ahora mirando fijamente a ASUNTA.*) ¡Asuntita!

ASUNTA: No me llame así.

ARQUÍMEDES: Es un diminutivo cariñoso.

ASUNTA: Si busca un diminutivo, llámeme Tita, o mejor aún: Ta.

ARQUÍMEDES: ¿Cómo?

ASUNTA: Ta.

ARQUÍMEDES: Ta, quisiera decirle algo que quizá usted sospecha.

ASUNTA (*Con la mirada fija en el vuelo de la mosca*): Estoy pendiente de sus palabras.

(*ARQUÍMEDES, fascinado con la mosca, empieza a seguirla también con la vista y el movimiento de la cabeza, pero sin abandonar el tono lírico. Durante el siguiente diálogo, desplazándose a veces con pasitos cortos y sin mirarse uno a otro siguen el vuelo invisible.*)

ARQUÍMEDES: Estoy tan confundido que precisamente lo que me falta son las palabras.

ASUNTA: Voy a ayudarlo. ¿Será alguna de éstas? Hipo, pólvora, tic nervioso.

ARQUÍMEDES: Gracias, pero no son ésas las palabras. Es algo como.

ASUNTA: Sandwich, rodilla.

ARQUÍMEDES: No, tampoco.

ASUNTA: Toro, faisán, acromegalia, ombligo.

ARQUÍMEDES: No, no, yo necesito decirle sencillamente.

(*Con angustia creciente, pero sin dejar de mirar la mosca.*)

ASUNTA: Saturno, cáncer, binomio, yogurt, perejil, nuez moscada.

ARQUÍMEDES (*Lloroso*): No, no, yo sólo quiero.

ASUNTA (*Llorosa*): Zalpullido, tocino, perro esquimal.

ARQUÍMEDES: ¡Perro! Era ésa... era ésa precisamente. (*Le arrebató el matamoscas.*) Escúcheme ahora. (*Con emoción.*) "Perro Pablo Pérez Pereira, pobre pintor portugués, pinta pequeños paisajes por pocos pesos

para personas poco pudientes. . ." (*Todavía no se han mirado. Ahora, ARQUÍMEDES golpea en el aire con el matamoscas, mientras dice.*) Ta, ta, ta, ta.

(*Con el último "ta" golpea a ASUNTA con el matamoscas en el trasero. La mosca cae muerta y ARQUÍMEDES la pisa. ASUNTA da un chillido.*)

ASUNTA: ¡Oh, cómo ha podido hacer eso! ¡Qué cruel, qué abominable.

ARQUÍMEDES: Ta, ta, yo sólo quería expresarle mis sentimientos.

ASUNTA (*Señalando la mosca en el suelo*): Es horrible, horrible. . . ¡Y yo que le he dado lo mejor de mí misma! ¡No me toque!

(*Llora y se deja caer en el sofá. Entra MARÍA PIEDAD.*)

MARÍA PIEDAD: ¿Qué pasa, Asuntita? ¿Un nuevo atentado de Arquímedes?

ASUNTA: Sí.

MARÍA PIEDAD: Asunta va a terminar tomándolo en serio, Arquímedes.

(*Entran JUSTO y CHATARRA. CHATARRA va vestido de igual manera que en el primer acto. Le falta un zapato. Está un poco más débil por el ayuno.*)

JUSTO (*Mirando la habitación*): ¡Qué bien arregló todo! Ahora debería arreglarse usted misma un poco.

ARQUÍMEDES: Voy a esperar a los periodistas.

(*Salen.*)

JUSTO: Trate de mantenerse sobrio.

MARÍA PIEDAD: Chatarra, ¿qué siente, en un día tan importante para usted y para nosotros?

CHATARRA: Hambre.

MARÍA PIEDAD: Le dí unas píldoras para eso.

CHATARRA: Como si nada.

JUSTO: Sus privaciones terminan hoy, mi amigo. Empezará usted, si me permite una metáfora literaria, el empacho.

CHATARRA: Tengo que avisarle a la Ofelia.

MARÍA PIEDAD: Con toda confianza, pídamelo que quiera, que yo lo olvidaré inmediatamente.

CHATARRA: Se me perdió un zapato, señorita.

MARÍA PIEDAD: ¿No ve? Por jugar al escondite inglés. ¿Qué número calza?

CHATARRA: Los números no son mi fuerte, señorita.

MARÍA PIEDAD: ¿Hay zapatos en esas cajas, Asunta?

ASUNTA: Unos especiales para esquí acuático.

MARÍA PIEDAD: Como ve, hemos pensado en todo.

JUSTO: Chatarra, mi buen amigo, ¿se imaginó usted alguna vez que manos caritativas le levantarían del fango?

CHATARRA: Le voy a decir una cosa si me permite, señor: quiero irme. En el vertedero siempre hay un amigo o un perro con quien dormir abrazado para darse calor. Anoche, en el ropero ése, tuve frío.

MARÍA PIEDAD: ¡Pobrecito! ¡Igual que en las películas!

CHATARRA: No se está tan mal en el vertedero. Uno puede escoger un asiento viejo de auto, o un coche de niño para dormir. Basta con estirar la mano para tener teteras, resortes, triciclos.

ASUNTA: ¡Qué triste!

CHATARRA: Los domingos me busco un asiento de tractor o un bidet y me acomodo. Me fumo dos o tres colillas al sol. No se está mal.

ASUNTA: Hay otras maneras de pasar el domingo.

CHATARRA: Ese es el domingo para mí. El humo de la colilla y el "Ángel" echado cerca.

MARÍA PIEDAD: Solo en medio de ese cementerio de hierro viejo. . . ¡Es la muerte!

CHATARRA: ¡Qué esperanza! Sólo en la caldera rota de una locomotora viven tres familias completas, riendo y pariendo chiquillos. Y así en cada hoyo, en cada tarro.

MARÍA PIEDAD: Hoy todo cambiará. Lo haremos de nuevo, Chatarra. Será como en esos avisos de propaganda de crecimiento del busto: antes y después.

JUSTO: Chatarra antes del Instituto Ecuménico y después del Instituto Ecuménico.

CHATARRA: Si no se rompen los reglamentos, ¿podrían adelantarme, como un pequeño anticipo, un cachito de pan?

(Se oyen voces afuera acercándose.)

JUSTO: Ahora es imposible. Ya están aquí. Chatarra, súbase al pedestal, que lo cubriré con este lienzo para la inauguración.

(Hace subir a CHATARRA en el pequeño pedestal y lo cubre con el lienzo con que se cubren los monumentos que se van a inaugurar. Entra ARQUÍMEDES seguido de un FOTÓGRAFO con flash y de un PERIODISTA que lleva una grabadora portátil. Inmediatamente, los periodistas, sin saludar a nadie, se sientan en los sillones y se ponen a comer canapés.)

ARQUÍMEDES: ¡Adelante, adelante, señores! . . . No se sientan incómodos, por favor.

JUSTO: Mis queridos amigos, una vez más hemos querido que ustedes sean los primeros en conocer nuestra anónima labor, porque nosotros somos, si se me permite una metáfora.

PERIODISTA *(Con la boca llena)*: No se la permito.

FOTÓGRAFO: ¿Dónde está el ejemplar?

ASUNTA: Busque, busque. . . Déjese llevar por su olfato.

(El FOTÓGRAFO, al ver a MARÍA PIEDAD, lo saluda besándole la mano respetuosamente.)

FOTÓGRAFO: ¿Cómo está, señora?

MARÍA PIEDAD: Caliente, caliente, como el agua ardiente.

PERIODISTA *(Viendo las grandes cajas de cartón de regalos)*: ¿Es el cumpleaños de alguien?

JUSTO: Mi querido amigo, ésta es sólo la primera de una serie de reuniones similares en las que entregaremos regalos y consuelos espirituales a los desamparados.

PERIODISTA *(Mirando el contenido del vaso)*: ¿Blanco, tinto?

JUSTO: . . . sin prejuicios raciales ni políticos. *(Trascendental.)* Hace treinta años se fundó el Instituto Ecuménico con el propósito de llevar un poco de.

PERIODISTA *(A ASUNTA, interrumpiendo)*: ¡Whisky!

(ASUNTA le pasa la botella.)

JUSTO *(Inmutable)*: . . . y fué así como quince años más tarde un grupo de idealistas únicamente movidos por su inquietud y su urgente necesidad de.

FOTÓGRAFO: ¿Dónde está el servicio? Es para hacer cambio de rollo.

ARQUÍMEDES: Por aquí.

(Salen.)

JUSTO *(Inmutable)*: . . . hasta el día de hoy en que, gracias a Dios, contemplamos.

PERIODISTA *(Mirando un canapé con aire melancólico)*: Si no fuera por mi hígado, yo creería en Dios.

ASUNTA *(Molesta)*: La fe no es cuestión de tripas.

MARÍA PIEDAD: ¡Asunta, no hagas declaraciones precipitadas!

JUSTO *(Terminando)*: . . . sin más testigos ni jueces que la posteridad. He dicho. Ahora procederemos a descubrir al pobre de esta semana. Está mal que yo lo diga, pero muy pocas Instituciones en nuestro país tienen el privilegio de contar con un desecho semejante. Sin embargo, no se olviden de que dentro de esa escoria humana hay un alma, solitaria que ha encontrado.

(Entran el FOTÓGRAFO y ARQUÍMEDES.)

FOTÓGRAFO *(Enojado)*: ¡Cucarachas! . . . Dos en el lavabo y una en el retrete.

(*Todos aplauden a JUSTO.*)

FOTÓGRAFO: No veo que tengan que celebrar una cosa así.

JUSTO: ¡Asunta, las trompetas!

(*ASUNTA conecta la música incidental con trompetas. Todos esperan inmóviles menos los periodistas.*)

JUSTO: ¡Arquímedes, descubra a Chatarra!... (ARQUÍMEDES *lo hace.*)
¡Señores y señoras, tienen ante ustedes un auténtico pobre!

(*CHATARRA está rascándose una rodilla con el pantalón levantado. Se baja del pedestal y se sienta en él.*)

CHATARRA: Cinco minutos más y me derrumbo con cortina y todo. Las rodillas se me doblan.

PERIODISTA: ¿Quiere un cigarrillo, buen hombre?

CHATARRA: Quiero un filete.

PERIODISTA: Sólo tengo rubio emboquillado.

JUSTO: ¡Y ahora el sorteo y los regalos! La modesta contribución del Instituto Ecuménico. ¡Asunta, Arquímedes, por favor!

(*ARQUÍMEDES hace poner de pie a CHATARRA. Le saca el viejo abrigo del ejército. CHATARRA queda en cueros, excepto un pantalón que se le cae constantemente y debe sujetar con ambas manos. Su aspecto es penoso. ARQUÍMEDES hace sacar a CHATARRA un número de una caja de lata.*)

ARQUÍMEDES: ¡Veinticinco!

(*ASUNTA sacando un abrigo de piel de una de las cajas.*)

ASUNTA (*Anunciando*): ¡Nutria!

JUSTO: Los animales progresistas de cuatro continentes envían algunos pequeños obsequios.

CHATARRA: Gracias, señor.

(*Nuevamente, CHATARRA, a pesar suyo, saca un numerito de una caja.*)

ARQUÍMEDES: ¡Setenta y seis!

(*MARÍA PIEDAD saca de una caja una bota de montar.*)

MARÍA PIEDAD (*Anunciando*): Bota militar.

(*Le pone la bota a CHATARRA.*)

JUSTO: La generosidad castrense calza la miseria.

CHATARRA: Gracias, señor.

(*CHATARRA saca otro numerito.*)

ARQUÍMEDES: ¡Noventa y tres!

(*ASUNTA saca de una caja un cucalón y se lo pone a CHATARRA.*)

ASUNTA (*Anunciando*): ¡Salacot!

JUSTO: Misiones africanas de todos los credos envían sellos, postales y salacots para nuestros indígenas.

CHATARRA: Gracias, señor.

FOTÓGRAFO: ¡No se mueva!

(*Foto.*)

MARÍA PIEDAD: Arquímedes, las aves.

(*ARQUÍMEDES sale. ASUNTA saca de una de las cajas una máquina de afeitar eléctrica.*)

ASUNTA (*Anunciando*): ¡Electric Shave!

MARÍA PIEDAD: A generous assistance for all the spanish indigent.

CHATARRA: Gracias, señorita, pero... ¿no tendría una media barrita de pan, aunque fuera?

MARÍA PIEDAD (*Como si no entendiera*): I beg you pardon?...

CHATARRA (*Con la máquina de afeitar en la mano*): Un cacho de pan.

JUSTO: No sólo de pan vive el hombre.

(*ARQUÍMEDES entra trayendo una bandeja con un pollo a lo spiedo. A CHATARRA se le van los ojos.*)

ASUNTA (*Anunciando*): ¡Carne importada!

JUSTO: Del criadero de Anacoretas de Peloponeso. Contribución de la Iglesia Ortodoxa.

CHATARRA: Gracias, señor.

(*CHATARRA toma con avidez el pollo entero por una pata y va a pagarle el mordisco cuando el FOTÓGRAFO lo detiene.*)

FOTÓGRAFO: ¡Un momento! Una fotografía con todo el Instituto, por favor. (*Los cuatro directores se agrupan alrededor de CHATARRA.*) Así, así... Ahora, vamos a ver.

MARÍA PIEDAD: ¿Cómo estamos?

FOTÓGRAFO: El pollo está mal. Levántelo un poco más. (ARQUÍMEDES levanta el brazo de CHATARRA.) No se muevan. . . , ¡Listo!

(ASUNTA y ARQUÍMEDES vuelven a las cajas. MARÍA PIEDAD coquetea con el FOTÓGRAFO. CHATARRA se dispone a enterrarle el diente al pollo cuando es interrumpido nuevamente por el PERIODISTA.)

PERIODISTA (*Haciendo funcionar la grabadora portátil*): Señor Chatarra, por favor, ¿me concede una pequeña entrevista para ser transmitida en cadena nacional? (*Sin esperar respuesta.*) Gracias, muy amable. ¿Cuál es su verdadero nombre?

CHATARRA: No le entiendo. Todos los nombres son verdaderos. A mi padre lo llamaban "El Costra" y a mi abuelo, "El Tragauva". Eran sus nombres verdaderos.

PERIODISTA: ¿Cómo tuvo la suerte de ser encontrado?

CHATARRA (*Señalando a ARQUÍMEDES*): Ese señor me vomitaba encima.

PERIODISTA: ¿Cómo pudo vivir solo tanto tiempo?

CHATARRA: ¿Solo? . . . No estaba solo. Mucha gente como yo vive conmigo.

PERIODISTA: ¡Pero si hoy no se encuentra un pobre ni en el Museo Histórico!

CHATARRA: No sé qué quiere decir, pero yo los veo todos los días.

PERIODISTA: Es una broma suya. (*A los auditores.*) Ustedes ven, señores, la miseria no mata el sentido del humor, los mejores humoristas han sido siempre los hambrientos. (*A CHATARRA.*) ¿Alguna declaración especial?

CHATARRA: ¿Me estará escuchando la Ofelia?

PERIODISTA: Sólo nosotros lo escuchamos ahora, pero tal vez oiga la cadena nacional. ¿Qué quiere decirles?

CHATARRA (*Tomando el micrófono con las dos manos y hablando rápidamente*):

¡Ofelia, no sé dónde estoy. . . ! Unos caballeros muy atentos y educados y una señoras muy buenas y muy cariñosas. . . ¡me están matando! Tienen que hacer algo. . . cualquiera que oiga. . . , cualquiera. . .

PERIODISTA (*Hablando como una persona ignorante y ruda*): Agradezco al Gobierno y a las Autoridades del Instituto Ecuménico. Mi situación ha cambiado mágicamente. Sólo ayer era un analfabeto víctima de la alfombra, sífilis y escorbuto. Hoy la cultura, los laxantes y la sección áurea han dignificado mi vida y la de mi cónyuge, desgraciadamente muerta en la plenitud de su enfermedad. Gracias nuevamente, gracias.

(*El PERIODISTA llora emocionado.*)

FOTÓGRAFO (*En voz baja respetuosamente*): La emoción es más fuerte que sus palabras. (*Cambiando el tono y dándole un codazo al PERIODISTA.*) Sécate la baba y vámonos de aquí.

PERIODISTA: Sí, vámonos. El próximo sábado, de sobremesa, hacemos una nueva radiografía de esta úlcera social.

JUSTO (*Arrebatándole el micrófono al PERIODISTA*): ¡Hasta el sábado, entonces! La Caridad sin la Prensa es como el amor sin antibióticos.

MARÍA PIEDAD (*Arrebatando el micrófono a JUSTO*): Y recuerden: un pobre nuevo cada semana. ¡Habrán premios!

JUSTO (*Volviéndose a arrebatarse*): Porque sólo el hombre dignifica al hombre.

ASUNTA (*Arrebatándose a JUSTO*): Et retributionem peccatorum videbis. Fiat. Fiat.

(*Los PERIODISTAS han guardado el resto de los sandwiches en los bolsillos y han tomado algunas botellas. Con ellas en las manos se dirigen hacia el público; uno subido en el pedestal, el otro, abajo.*)

PERIODISTA: Hasta la semana próxima y . . . ¡sonría!, pero con el Nuevo Detergente Super Extra.

LOS DOS: ¡Bimpo!

(*Se escucha el single grabado. Los PERIODISTAS salen. ARQUÍMEDES, aprovechando que todos le dan la espalda, despidiendo a los PERIODISTAS, saca del bolsillo un pan y se lo pasa a CHATARRA. CHATARRA, con enorme avidez, le da un tarascón. En ese momento los otros se vuelven y sorprenden a CHATARRA y ARQUÍMEDES.*)

JUSTO: ¡Es el colmo, Arquímedes! no se da cuenta que está matando la gallina de los huevos de oro.

ARQUÍMEDES: Son ustedes los que la están matando. . . de ayuno.

JUSTO: Si permitimos que Chatarra se convierta en un burgués satisfecho, automáticamente dejará de ser un pobre diablo muerto de hambre.

ARQUÍMEDES: Bueno. . . , es inevitable, ¿no?

JUSTO: ¡Inconsciente! ¿Quiere decirme qué vamos a hacer entonces cada semana?

MARÍA PIEDAD: Es muy peligroso, Arquímedes. Con cada donación, con cada pollo, matamos en Chatarra lo mejor que tiene: su pobreza.

ASUNTA: Archi, ¿de dónde sacaríamos a un nuevo pobre?

ARQUÍMEDES: Perdón, pero yo creí que debíamos pensar también en él.

JUSTO: Pensamos en él. No hacemos más que eso. La miseria de Chatarra depende de la caridad, a su vez la supervivencia de este Instituto de Caridad depende de la miseria de Chatarra. Las Obras Benéficas están por sobre toda otra consideración. ¡María Piedad, Asunta, salvemos la Institución!

(*Los tres se lanzan sobre CHATARRA y lo despojan del abrigo de piel, el cucalón, la bota y la máquina de afeitar, se separan de CHATARRA llevando los regalos que dejan caer en las cajas. Han retrocedido con vergüenza y salen. CHATARRA no ha opuesto ninguna resistencia. Queda de nuevo*

semidesnudo con el pantalón precariamente sostenido. Se empieza a escuchar el tema de CHATARRA. La luz ha decrecido en el escenario y una luz fría ilumina a CHATARRA, que se ve desamparado, casi lejano. Un silencio.)

CHATARRA: Yo no sabía si estaba en una cárcel o en un burdel. Ahora lo sé. Sé lo que es. Soñé que una vez me sacaban la ropa como ahora y me clavaban sobre un viejo portón oxidado. Había escapado entre los hierros, pero consiguieron aplastarme con los brazos abiertos sobre el portón cerrado. Desperté gritando. Todavía oigo el martillo. El "Angel" ladró toda la noche. (CHATARRA se mira las manos y le habla al perro que tiene a sus pies.) No es sangre, "Angel", no es sangre. Es el óxido en las manos. (Al público.) ¿Nadie tiene un imperdible? (Un silencio.) "Angel", he buscado el reposo. Un lugar de sombra donde esperar, como tú, a recibir el golpe o el mordisco. (Un silencio. Busca como un ciego al perro a sus pies.) ¿Estás ahí, "Angel"? ... Ayer me perdí entre las bicicletas quebradas y encontré en un agujero a un hombre sin cara y a una mujer con pechos herrumbrados. Sabes, "Angel", era la Ofelia. (Al público. Un silencio.) Te molesta la luz, "Angel". Ya sé, aquí no hay sombra, si no es una escuela, debe ser un teatro donde reparten los premios y los castigos: diplomas y muecas. (Un silencio.) Lo único que verdaderamente me gustaría tener es un imperdible. Un sencillo y seguro imperdible. Lo necesito, "Angel", lo necesito. En un basural se encuentra de todo, pero no he encontrado un imperdible. ¿Alguien ha visto alguna vez la carne, la carne humana? ... Olvídate, Chatarra, olvídate de eso también. (Al público.) No quisiera molestar. ., pero ¿nadie, absolutamente nadie, tiene un imperdible?

(Un silencio. Las luces se apagan suavemente. El tema de CHATARRA se extingue. Un gran silencio. La luz se enciende. CHATARRA está hecho un bulto caído al pie del pedestal y cubierto con el lienzo. Entran JUSTO, ASUNTA y MARÍA PIEDAD. Vienen de la calle. Llevan abrigos, se los sacan, JUSTO se sirve un trago. Entra ARQUÍMEDES.)

MARÍA PIEDAD: Estoy rendida. Me caigo a pedazos, ¿es realmente indispensable empezar de nuevo?

JUSTO: Como todos los sábados.

ASUNTA: Frente a la necesidad, no hay horario ni calendario, Marita.

MARÍA PIEDAD: Si seguimos en este tren benéfico, tendré que tomarme vacaciones.

JUSTO: Siempre hay Jornadas de Estudio para intelectuales y sociólogos en algún balneario europeo. Son fantásticas para engordar un poco.

MARÍA PIEDAD (Entreabriendo apenas la cortinilla): No notan cada semana más callado a Chatarra? Se diría que está descontento.

JUSTO: No hay que esperar gratitud. Ya se sabe que pagan una sonrisa con la punta del pie.

ASUNTA: Cuando pasé los sandwichs para los periodistas me dio miedo. Me miró con resentimiento.

ARQUÍMEDES: Debe sentir asco al estómago. ¿Por qué no le ofrecen leche de magnesia?

MARÍA PIEDAD: No es mala idea.

ASUNTA: Archi, ¡qué comprensivo!

ARQUÍMEDES: ¡Chatarra se ha desmayado!

(ARQUÍMEDES le levanta con dificultad.)

JUSTO: Le suele suceder. ¡Llévalo a la bodega!

(ARQUÍMEDES le toma por los brazos y le arrastra hacia afuera.)

ARQUÍMEDES: No pesa nada.

(CHATARRA sale, aunque dificultosamente, por sus pies, JUSTO sale detrás.)

MARÍA PIEDAD: No entiendo estos desmayos de Chatarra.

ASUNTA: A mí las emociones fuertes y los ratones me producen lo mismo.

MARÍA PIEDAD: Hemos estado llenándole de regalos durante seis meses. Se puede decir que nada en la abundancia.

ASUNTA: ¿No será un asceta o un yoga disfrazado?

MARÍA PIEDAD: No podemos tener tan mala suerte, querida.

(JUSTO entra.)

JUSTO: Bien, hemos terminado una etapa tal como estaba previsto.

MARÍA PIEDAD: ¡Pero a costa de cuántos sacrificios! Aunque está mal que yo lo diga.

ASUNTA: Justo, necesito hablar seriamente con usted.

JUSTO: La escucho, mi buena amiga.

ASUNTA: Archi y yo hemos pensado algo.

MARÍA PIEDAD: Seguramente es una indecencia.

ASUNTA: Lo tenemos decidido.

JUSTO: Hable, que guardaré un minuto de silencio.

ASUNTA: Archi y yo queremos adoptar a Chatarra.

MARÍA PIEDAD: ¿Qué quieren hacer?

ASUNTA: Adoptar a Chatarra. Hemos llegado a la conclusión que lo que necesita es padre, madre y perro que le ladre.

JUSTO: ¡Fantástico! ¡Absolutamente sensacional!

MARÍA PIEDAD: ¿Qué tiene de sensacional?

JUSTO: En la Sesión de Clausura del Congreso de la Miseria, ante sesenta mil personas conmovidas, efectuaremos la adopción legal.

ASUNTA: Queríamos que fuera algo privado.
 JUSTO: Por supuesto, completamente privado. ¿Me permiten ser padrino?
 ASUNTA: Será un honor para el pequeño Chatarra.
 JUSTO: Será un golpe que impresionará a todos los sociólogos y peditras que asistan al Congreso.
 MARÍA PIEDAD: ¿Están seguros que ese viejo lagañoso necesita que le adopten? (*Entra ARQUÍMEDES.*) ¡Felicitaciones, Arquímedes! Tiene una cara de padre tremenda.
 ASUNTA: Lo saben, Archi.
 ARQUÍMEDES: ¿Todo?
 ASUNTA: Casi.
 MARÍA PIEDAD: Es encantador.
 ARQUÍMEDES: ¿Quién?
 MARÍA PIEDAD: Ese huérfano roñoso de ustedes. A propósito de lo que estábamos hablando, ¿qué hora es?
 JUSTO: Si se me permite una metáfora: las ocho y cuarto.
 MARÍA PIEDAD: Entonces ya es hora de que le pida algo que había estado postergando.
 JUSTO: Lo que quiera, María Piedad, lo que quiera.
 MARÍA PIEDAD: Hace una semana envenenaron a "Jerónimo".
 JUSTO (*Esperanzado*): ¿Su marido?
 MARÍA PIEDAD: No, desgraciadamente. Es el perro que cuidaba el chalet. Pensé que me podrían prestar a Chatarra. Es un trabajo sencillo, se le dará cariño, comida y techo. Sólo tendrá que ladrar una vez cada media hora. Como es natural, podrá salir cada quince días para que pueda juntarse con alguna perra.
 ARQUÍMEDES: Ta, piensas que si vamos a adoptarlo no podemos permitir que.
 JUSTO: Es muy conveniente su oferta, Marita, y muy generosa la suya, Asunta, pero la verdad es que yo necesito a Chatarra.
 MARÍA PIEDAD: ¿Lo necesita?
 ASUNTA: ¿Se puede saber por qué?
 ARQUÍMEDES: Nunca me dijo nada.
 JUSTO: Sí, necesito a Chatarra. Lo mejor del hombre está en su trabajo. El oficio dignifica, y Chatarra tiene uno. Colocaré una industria de ojos artificiales. Inundaré el mercado a corto plazo. Chatarra trabajará gratis, por supuesto.
 MARÍA PIEDAD: La redención del proletariado por medio del trabajo.
 ASUNTA: ¡Qué idea notable, Justo! Lástima que sea tan sucia y tortuosa.
 MARÍA PIEDAD: ¡Oh, Justo, por fin se cumplirán sus grandes sueños idealistas de enriquecerse a costa de los demás!
 ARQUÍMEDES: Típico de usted, don Justo. Puro corazón y bofe.
 MARÍA PIEDAD: Naturalmente, querido Justo, que yo me opondré.
 ASUNTA: ¡Y yo también!
 ARQUÍMEDES: ¡Y yo!

JUSTO: No me asustan los rugidos de los animales domésticos. Yo tendré las diez toneladas de ojos que necesito
 MARÍA PIEDAD: ¡Un perro es un perro, y no voy a permitir que nadie lo envenene otra vez!
 ASUNTA: ¡Hijito, nuestro hijito! . . .
 ARQUÍMEDES: No soltaré a Chatarra.
 JUSTO (*Levantando la voz*): ¡Gallinas estúpidas!
 MARÍA PIEDAD: ¡Corruptor de gallinas estúpidas!
 ASUNTA: ¡Apóstol sin entrañas!
 ARQUÍMEDES: ¡Desnaturalizados!
 JUSTO Y ARQUÍMEDES (*A la vez*): ¡Hembras!
 MARÍA PIEDAD Y ASUNTA (*A la vez*): ¡Hombres!
 JUSTO: ¡Es inútil! ¡Chatarra me prefiere!
 MARÍA PIEDAD: ¡Le prometí pagas de fin de año!
 ASUNTA: Me dio los bracitos.
 ARQUÍMEDES: Ya me firmó un papel.
 JUSTO: Imposible. Le hice un contrato.
 MARÍA PIEDAD: Ya le coloqué el collar.
 ASUNTA: Le hice un tatuaje en el pecho.
 JUSTO (*Gritando*): ¡Es mío! . . .
 ASUNTA: ¡Mío!
 MARÍA PIEDAD: ¡Mío!
 ARQUÍMEDES: ¡Mío! (*Todos hablan a gritos al mismo tiempo, luego se interrumpen. Un silencio corto. ARQUÍMEDES, con voz normal.*) ¿Por qué no se lo preguntan?
 ASUNTA: ¿A quién?
 ARQUÍMEDES: A Chatarra.
 JUSTO: ¿Qué?
 ARQUÍMEDES: ¿Qué quiere hacer?
 JUSTO: No se trata de lo que él quiera hacer.
 MARÍA PIEDAD: Se le puede preguntar con quién se comprometió primero, aunque sé que fue conmigo.
 ASUNTA: Conmigo.
 ARQUÍMEDES: Conmigo.
 JUSTO: Conmigo.
 MARÍA PIEDAD: Muy bien. Sencillamente que nos señale con el dedo y sabremos a qué atenernos.
 JUSTO: Vaya a buscarlo usted si quiere. Yo no acepto interferencias.
 MARÍA PIEDAD: Iré.

(*Salen.*)

JUSTO: En cuanto a ustedes, par de tórtolos, lo que quieren empollar es un huevo de avestruz que ya está podrido.
 ASUNTA: Sus insinuaciones torpes y poco delicadas me tienen muy (Se

oye en ese momento un grito de horror de MARÍA PIEDAD. Todos se levantan expectantes. Se enciende la luz y el cuerpo de CHATARRA, ahorcado, se proyecta al fondo.

Entra MARÍA PIEDAD muy pálida y vacilante.) ¿Qué pasó?

JUSTO: ¿La atacó?

MARÍA PIEDAD: No.

ARQUÍMEDES: ¿Se escapó?

MARÍA PIEDAD: Estaba donde lo dejaron. . . , ahorcado.

JUSTO: ¿Que dice?

MARÍA PIEDAD: Colgado de una viga. Todavía tiene una lágrima gruesa en el párpado y una burbuja verde en la boca.

(Un silencio.)

JUSTO (En voz baja): ¿Una lágrima?

ARQUÍMEDES (En voz baja): Entonces, ¿no era feliz?

JUSTO: ¿Una burbuja?

ASUNTA: ¿Quería decir algo?

(Un silencio largo.)

ARQUÍMEDES: Ya sabemos a qué atenernos. Nos está señalando con el dedo como queríamos.

JUSTO: Un accidente. Es imprudente encaramarse a las vigas.

MARÍA PIEDAD: Era imprudente.

JUSTO: ¿Cómo no pensó en el Instituto Ecuménico al que le debía tanto?

ASUNTA: Era egoísta.

JUSTO: Todos tenemos problemas, pero nos arreglamos para comer y sudar.

ARQUÍMEDES: Era débil.

JUSTO: Las entrevistas de estas últimas semanas se le fueron a la cabeza.

La notoriedad es peligrosa.

ASUNTA: Era exhibicionista.

JUSTO: Sobre todo. ¿cómo no pensó en mí?

MARÍA PIEDAD: ¿Y en mí?

ASUNTA: ¿Y en mí?

JUSTO: En la Industria.

MARÍA PIEDAD: En el chalet.

ASUNTA: En la cuna.

ARQUÍMEDES: Tal vez pensó en todo eso, hasta el último momento.

MARÍA PIEDAD: Nunca le importamos nada.

JUSTO: Cría cuervos y te sacarán los ojos de vidrio.

ASUNTA: ¿Qué vamos a hacer?

ARQUÍMEDES: Yo voy a descolgarlo.

(Sale. La luz sobre la que se proyectaba el cuerpo de CHATARRA, se apaga.)

ASUNTA: Quiero decir ¿qué vamos a hacer con el Congreso de la Misericordia? Faltará el actor principal.

MARÍA PIEDAD: Mañana llegan las delegaciones extranjeras. En lugar de condecoraciones le van a procesar por malversación de fondos.

JUSTO (Asustado): ¿De veras?

ASUNTA: Está bien claro. Y, además, disolverán este Instituto por falta de razón de ser.

JUSTO (Derrumbándose): ¡Dios mío, es terrible!

¡Estoy liquidado!

MARÍA PIEDAD: ¡Usted es lo más parecido que he visto a un escarabajo!

JUSTO: ¿También me desprecia, María Piedad? Sin embargo, todos vamos a caer en la misma fosa.

MARÍA PIEDAD: Como miembro directivo de doce instituciones sé muy bien cómo salir de la fosa. ¿Dónde está la declaración de principios del Instituto Ecuménico? Quiero hacer una comprobación.

(JUSTO, Todavía alicaído, saca del mesón un archivador y se lo pasa a MARÍA PIEDAD.)

JUSTO: Fue redactada por nuestro fundador, pero él no podía imaginar que el último pobre fuera un irresponsable.

MARÍA PIEDAD (Terminando de leer la declaración): ¡Tal como pensaba! Escuchen esto: . . . "una actividad samaritana secundaria, pero no menos importante de Instituto, será la de dar piadosa sepultura a las personas sin recursos".

JUSTO: ¿Qué quiere decirnos exactamente?

MARÍA PIEDAD: Es muy sencillo. Chatarra está muerto, pero todavía no hemos perdido a Chatarra. Tenemos su cuerpo. El cuerpo de un pobre que necesita pronta, económica y sencilla sepultura. Cumpliremos con la más alta finalidad del Instituto y salvaremos las tardes benéficas de los sábados.

JUSTO: ¿Usted quiere decir enterrar y desenterrar a Chatarra? Es convincente: imagínese el sepelio de un pobre cada semana rodeado de una dignidad clásica.

ASUNTA: No está mal. Resposos semanales en el solemne ambiente de las catacumbas. Pero . . . , ¿se prestará para esto?

MARÍA PIEDAD: ¿Quién?

ASUNTA: Chatarra.

JUSTO: Ya que está muerto, yo soy de opinión de no preguntarle nada. Tener en la bodega el cuerpo de un verdadero pobre, siempre dispuesto a ser beneficiado con un sepelio económico y digno, es un verdadero lujo para una institución como la nuestra.

ASUNTA: Reconozco que es posible, ¿pero cuánto durará esta rotativa benéfica?

MARÍA PIEDAD: ¿Por qué?

ASUNTA: Marita, aún nuestros deudos más queridos como Chatarra, después de un tiempo sufren... transformaciones.

MARÍA PIEDAD: ¡Ah eso!... Bueno, no creo que vaya a oler peor que cuando estaba vivo. Despedía una fuerte emanación a zoológico.

JUSTO: Si embalsamamos a Chatarra, tendríamos la indigencia envasada y almacenada sin deterioro.

ASUNTA: ¿Embalsamarlo?

MARÍA PIEDAD: No se me había ocurrido.

JUSTO: Les ponen ojitos de cristal

ASUNTA: ¿Habrá pensado alguna vez el bueno de Chatarra que terminaría con ojos de cristal?

MARÍA PIEDAD: Esos pensamientos son morbosos, guapa.

JUSTO: Y no conducen a ninguna parte. La realidad es que María Piedad ha dado una idea feliz, que, seguramente, será imitada más adelante por todas las instituciones destinadas al Auxilio Social. ¡Entonces procederemos a la Taxidermia!... ¡Arquímedes!... (*Aparece ARQUÍMEDES lentamente. Se queda inmóvil parado en el umbral. No se moverá de allí. Tiene una cuerda en las manos.*) ¡Arquímedes, traiga un ataúd de esos que envían las Naciones Unidas en el Plan de Desarrollo para el Tercer Mundo! El Instituto Ecu-ménico despide por primera vez a Chatarra. ¡Ah, y recuerde, en adelante, los sábados, sepelio! (*Apagón. Se escucha una marcha fúnebre distorsionada. La disposición del escenario no ha cambiado. Sólo hay un ataúd hecho con tablas de embalaje en medio del escenario. El PERIODISTA y el FOTÓGRAFO están juntos a un lado del escenario. Delante del ataúd, las dos mujeres con velos negros sobre los mismo vestidos de la escena anterior. JUSTO está terminando un discurso fúnebre ininteligible. La música fúnebre acompañará todo el discurso.*) Sucedió de repente... porque es difícil que un rico... , añadidura... , atribuirles un alma... , el celo excesivo e indiscreto... , porque este último ejemplar... , quiero decir, este hermano nuestro fue el broche de oro de una civilización ciega. No me cansaré de repetirlo: fue el broche, fue el broche... , Sí, fue el broche... Porque todavía no me cansé de repetirlo: fue...

(*Es interrumpido por MARÍA PIEDAD. En todo el diálogo que sigue, los personajes hablarán en voz baja y soplada. Aunque perfectamente audible. Parodiando el falso respeto que rodea las conversaciones en torno a un muerto.*)

MARÍA PIEDAD (*Interrumpiendo*): ¡Justo, por favor, que esto es muy doloroso!...

PERIODISTA: Es la vida, señora, Una paradoja. En China las viejas dan a luz mellizos cada cinco minutos y se mueren los años bisiestos. Aquí, en cambio, muere un pobre cada semana. Es increíble. Ni siquiera podemos verle la cara.

(*Se acerca al ataúd.*)

ASUNTA (*Precipitadamente*): ¡No, por favor, es muy penoso para mí!.

Además, se parece mucho al de la semana pasada.

JUSTO: No me cansaré de repetirlo: fue el broche, fue.

MARÍA PIEDAD (*Interrumpiendo, dirigiéndose a los periodistas*): ¿Quieren un whisky barbitúrico?

PERIODISTA: No se moleste. Cualquiera droguita importada que tenga por ahí.

(*ASUNTA busca las bebidas.*)

FOTÓGRAFO (*A MARÍA PIEDAD*): Una foto, por favor, junto al ferétro.

MARÍA PIEDAD: ¿Con qué expresión?

FOTÓGRAFO: Llanto contenido. (*MARÍA PIEDAD coloca la expresión adecuada. El FOTÓGRAFO toma la foto.*) Así. Compone muy bien con el claro sentido horizontal que tiene el pobre hombre.

MARÍA PIEDAD: La última vez que me sacó se me veían solamente los zapatos.

FOTÓGRAFO: Mañana domingo, en la sesión inaugural del Congreso de la Miseria, la tomaré con teleobjetivo.

(*ASUNTA sirve un vaso al FOTÓGRAFO y otro al PERIODISTA.*)

ASUNTA (*A FOTÓGRAFO*): En los Congresos yo siempre me siento al final de la mesa, por modesta. No se olvide que estoy ahí.

PERIODISTA (*A JUSTO*): ¿Qué decía usted de un broche que no entendí bien?

JUSTO: Me cansé de repetirlo.

PERIODISTA: Sucede mucho eso. A mí me pasó con un tío mío. Fuerte como un toro. Derrochaba salud. Y sencillamente una mañana cualquiera, ¡paf!, sin decir ni "ay", lo encontramos en la cama... , más vivo que nunca y leyendo el diario.

JUSTO: Es terrible cuando pasa una cosa así, sobre todo para la madre.

MARÍA PIEDAD (*Señalando el féretro*): A las tres pidió unas revistas ilustradas. A las tres y media dijo: "Llamen a la Amandita." A las cuatro pidió las cartas. Yo misma se las di. Y a las siete terminó todo. Fue terrible. Nos ganó a todos jugando a los naipes con trampas.

ASUNTA: Hacía solamente cuatro días que me había encontrado con él en la peluquería. Estuvimos dos horas debajo del secador. Me dijo: "vengo a peinarme para el entierro"... , ¿quién iba a pensar que era su propio entierro?

JUSTO: Siempre fue así. (*Saca una fotografía.*) Esta fotografía a culito pelado se la sacó la tía cuando era chico. No ha cambiado nada, ¿verdad?

PERIODISTA: Nadie tiene segura la vida. Un día nos acostamos cantando y a la mañana siguiente el aviso de un vencimiento.

FOTÓGRAFO: Nos tenemos que ir.

PERIODISTA: Por favor, si necesita cualquier cosa, llame con toda confianza a un número equivocado.

JUSTO: Gracias, gracias, mis buenos y fieles amigos.

(Los PERIODISTAS salen, JUSTO se saca la chaqueta, se acomoda en el sofá. ASUNTA y MARÍA PIEDAD se sacan los velos negros. Ahora hablan con voz normal.)

MARÍA PIEDAD (*Bebiendo*): Tengo todavía tres inauguraciones hoy día y una reunión con un joven intelectual deprimido que tengo que alentar cada quince días.

ASUNTA: ¿No eres demasiado frívola, María Piedad? Deberías leer un poco más.

MARÍA PIEDAD: Creo que sí, pero he descubierto que igual que el pescado me produce espinillas. ¿A ti, no?...

ASUNTA: Por supuesto que no.

MARÍA PIEDAD: Debe haber leído ediciones rústica. Dicen que el papel biblia es excelente para el cutis.

ASUNTA: Detrás de ese cutis tienes un analfabeto, María Piedad.

MARÍA PIEDAD: No seas tan fruncida, Asuntita. ¿Por qué no lees más bien los anuncios y te compras un vestido menos ordinario?

JUSTO (*Que ha estado hojeando apuntes y esquemas de trabajo*): ¿Qué le parece este temario para la primera reunión del Congreso de la Miseria? Primero: Nuevo Concepto del Hombre-Cifra-Excremento. Segundo: El Desprendimiento Interior o Expectoración Social. Tercero: La Caridad como Terapia para complejos de culpa.

(Entra ARQUÍMEDES precipitadamente.)

ARQUÍMEDES (*Excitado*): ¡Don Justo, don Justo!... ¡Hay varios más!

JUSTO (*Sin mirarlo*): No grite. Tenga más respeto, que hay damas y difuntos.

ARQUÍMEDES (*Bajando la voz*): Son muchos, don Justo.

ASUNTA: ¿Qué cosa?

ARQUÍMEDES: Pobres.

(Se empieza a escuchar un murmullo que viene de la calle y que aumenta progresivamente. Algunos gritos lejanos.)

ASUNTA: ¿Pobres? ... ¿Está seguro, Archi? ...

ARQUÍMEDES: Los encontré en la calle. Necesitan ayuda. Me pidieron comida y ropa.

JUSTO: Delirium Tremens.

ARQUÍMEDES: No son visiones. Me tiraron de la manga. Me gritaban...

(Las voces y los gritos que vienen desde la calle aumentan progresivamente.)

ASUNTA: No creo que esté inventando, nada. (*Pedante.*) El pobre, en su período de incubación y proliferación, es particularmente peligroso.

JUSTO: Debe ser el "Indigentes homúnculo", mamífero casi extinguido, pero que en nuestro país encuentra un clima ideal para sus cópulas.

ARQUÍMEDES: Salga a la calle, don Justo. Son muchos. Son tan pobres como Chatarra.

MARÍA PIEDAD (*Retocando su maquillaje, en su pequeño espejo*): ¿Me puede decir, Arquímedes, para qué los necesitamos?

ARQUÍMEDES: Bueno..., no sé..., el Congreso..., la caridad..., y esas cosas.

MARÍA PIEDAD: ¡Usted no tiene sentimientos, Arquímedes! ¡Es sádica la forma en que colecciona hambrientos!

JUSTO: ¡Déjalos que se vayan y que no molesten!

ARQUÍMEDES: ¿Pero...? ¿Y el Instituto?... ¿Y la subvención?

JUSTO: ¡No hay que preocuparse! Tenemos a Chatarra embalsamado. ¡Un pobre incorruptible para todo servicio!... ¡La caridad ya está asegurada!

(JUSTO destapa una botella de champán. El champán chorrea sobre el ataúd de CHATARRA. Sirve las copas de cada uno en medio de bromas y de risas. Mientras tanto, va subiendo de volumen el murmullo de la multitud afuera. Hasta que llegan a hacerse inaudibles las risas y las voces de JUSTO y los demás. Las cortinas se cierran.)

TELÓN

3. COMENTARIO ESTILÍSTICO-ESTRUCTURAL SOBRE *EL LUGAR DONDE MUEREN LOS MAMÍFEROS*:

En la obra de Jorge Díaz predomina sobre todo la tonalidad de la búsqueda de la justicia en la vida. La justicia —ya que resulta difícil encontrarla en este mundo despiadado— adquiere proporciones obsesionantes en su teatro. La creación y puesta en escena de *El lugar donde mueren los mamíferos* se ha basado en esta escasa virtud humana. Dice el autor que la idea para la pieza le vino en 1963, cuando, para iniciar La Alianza para el Progreso (que llamaban comúnmente en Latinoamérica La Alianza para el Fracaso), llegaban a Chile barcos llenos de donativos de Estados Unidos. Se alistaban para distribuir esta ayuda — poco desinteresada y bastante paternalista — “instituciones burocráticas o arribistas” y no pocas religiosas, que harían un reparto “que terminaba generalmente en comercio o deterioro” (Díaz, prólogo, *El lugar donde mueren los mamíferos* 7).

Ahora bien, Díaz nos cuenta el problema desproporcional de la aduana chilena que nunca facilitaba el intercambio entre donante, gobierno, agencia distribuidora y necesitado. El autor, sin embargo, se da perfecta cuenta del disfraz de la caridad despreocupada. Es decir, entiende el dilema de la burocracia que, si llega a ser demasiado eficiente, destruye su propia razón de ser; y, por otro lado, el problema del menesteroso que sabe que hay disponible ayuda gratuita, pero nunca llega a recibirla (en los dos casos, se convierte el problema en un perfecto “Catch 22”, a saber, comoquiera que salga, el necesitado siempre pierde). Así que, casi es mejor que el indigente se olvide del bienestar gratuito y que se las arregle solo. Si lo atrapan en el círculo vicioso de esperar la ayuda social, es posible que termine como Charrata en *El lugar donde mueren los mamíferos*. Paradójicamente, su única salida con dignidad es el suicidio voluntario y anhelado.

Aunque el diálogo y la acción del asunto resultan totalmente absurdos, se trata de una cuestión social tan vital, tan imperante para los espectadores, que no lo pueden presenciar sin asimilarla, sin aceptarla como una realidad. Lo absurdo en este caso es completamente razonable; hasta muchos ciudadanos han tenido experiencias personales relacionadas con el problema. El absurdo, visto así, se torna personal. En esto descubrimos uno de los grandes aciertos peculiares del Teatro del Absurdo hispanoamericano, la absurdidad razonable.

La acción del drama se desarrolla en un ámbito de falso amor y ayuda desinteresada fingida. El tono chocante de la pieza, basado en una terminología religiosa, ha provocado interpretaciones injustas así como reacciones negativas por parte de espectadores poco adeptos a los métodos teatrales de Díaz y su empleo de la sátira absurda. Después de estrenar *El lugar*, comentó el autor que la obra “causó cierto impacto y también cierto malestar. Parecía irritante que alguien pudiera dudar de la buena fe de estos ‘buenos samaritanos’ ” (prólogo 7).

En esta pieza se percibe un intento por parte del autor de desmitificar la

benevolencia religiosa hipócrita y la caridad mal encaminada con fuertes alusiones teológicas que al nivel humano de los personajes se ridiculizan. Hablando del propósito de la dramaturgia latinoamericana en general, ha dicho Díaz que “sus obras van dirigidas a una minoría burguesa aunque sólo para atacarla o ridiculizarla. . .” (Díaz, *La pancarta o está estrictamente prohibido todo lo que no es obligatorio*, en *Teatro difícil* 30).

En su tratamiento absurdo, el autor quiere eliminar la apariencia sacrosanta asociada con donaciones sectarias o públicas. Desconfía de la actitud puritana y desenmascara la falsificación de preceptos éticos. Satiriza el vocabulario piadoso y muestra cuánto dista la teoría de amparar al prójimo de la realidad práctica de llevarlo a cabo sin hipocresía. *El lugar donde mueren los mamíferos* servirá de ejemplo de la sátira humorística y de la absurdidad de la labor benéfica con fines puramente egoístas.

La amenaza de la injusticia, fomentada por unos ricos tramposos que se aprovechan de la simpleza de la gente ingenua, que le quita al pobre el sostén más básico, se vuelve una preocupación fundamental de Díaz. El simpatiza con los necesitados, los humildes, la gente sencilla no adulterada por el materialismo ni por las apariencias superficiales. Este grupo casi nunca vence en la vida, y sufre, explotado por los acomodados de la sociedad. Su fin es trágico como el de Chatarra, quien encarna el concepto del mártir sacrificado para alimentar la avaricia insaciable de los opulentos. Chatarra llega a ser el cristo del pobre. Aprovechándose de su muerte, “don Justo” sigue ganando y defraudando a los bonachones:

JUSTO: ¡No hay que preocuparse! Tenemos a Chatarra embalsamado. ¡Un pobre incorruptible para todo servicio! . . . ¡La caridad ya está asegurada! (55-56)

Díaz transforma a Chatarra en un santo secular. La bondad y sencillez del hombre chocan contra la dura realidad de que este pobre se ha ahorcado para salvarse de los gallinazos humanos que se alimentaban de él, que lo comían vivo. Pero aún en la muerte no podía escapar de ellos; usan su cuerpo amojamado para hacerles trampa a los ilusos.

Esta obra pone en ridículo el trabajo caritativo de los clubes y las sociedades cuya membresía consta de mujeres simplonas y hombres descarados que jamás han experimentado el hambre, la privación ni la miseria. Sólo quieren explotar al necesitado por razones egoístas. El lenguaje sarcástico, lleno de juegos de palabras y términos de doble sentido, refuerza el sentido absurdo y burlón de las escenas:

JUSTO: Una Organización como la nuestra no debe dejarse morir. Las autoridades debieran hacer algo. Nuestro Instituto Ecuménico de Asistencia Total necesita urgentemente asistencia total.

ARQUÍMEDES: Claro. . . , no es culpa nuestra si ya no hay pobres.

JUSTO: Naturalmente, pero también hay que reconocer que últimamente tú no

has estado tan eficiente como antes... fuera de la viejecita que encontraste comiéndose un formulario de Correos, no has encontrado a nadie.

ARQUIMEDES: ¿Y los dos pobres que llevamos a la Exposición Internacional?...

JUSTO: No seas hipócrita, Arquímedes. Sabes perfectamente que fueron contratados a sueldo por nosotros. Uno era conde y el otro rentista...

ARQUÍMEDES: ¡Qué más quisiera yo que hubiera hambrientos y miserables en abundancia! ¡Pero no los hay!... (11-12)

Por otro lado, se nos presenta un cuadro absurdo que expurga al público, haciéndole reír de su propia complicidad en causar la miseria y maltrato del pobre. La obra resulta grotescamente burlesca, mostrando el absurdo y cortante filo de la espada de la crítica social del teatro hispanoamericano.

El propósito de la sátira absurda es hacernos reír de condiciones que, presentadas en otros términos, nos ofenderían o nos avergonzarían. La lección resulta mucho más eficaz por ser indirecta y por haberse amortiguado mediante el humor. Dentro de este contexto, un dramaturgo hábil como Jorge Díaz puede usar el absurdo para complementar el mensaje que quiere transmitir al público.

B. Virgilio Piñera

1. NOTA BIOGRÁFICO-BIBLIOGRÁFICA:

Virgilio Piñera es de origen cubano. Nace en Cárdenas en 1912. En 1921 se muda con su familia a Guanabacoa y emigra después a Camagüey. En 1946, presionado por la situación económica de su familia, Virgilio se traslada a la Argentina que se convierte en su país adoptivo. Estuvo de visita en su país natal en 1961 cuando salieron algunos de sus cuentos en *Temps Modernes* bajo el título general de *Goyescas*. Sin embargo, "asediado por la indiferencia y la indigencia, se destierra voluntariamente de Cuba" (Bianco 16), y vuelve a la Argentina donde reside actualmente.

En la Argentina, publica sus textos originales y reseñas críticas en *Ciclón* y después en *Sur*, donde salen varios cuentos suyos. Antes había publicado en Cuba los tomos *Las furias* (1941), *El conflicto* (1942), *La isla en peso* (1943), y *Poesía y prosa* (1944). Radicado ya en la Argentina salen a luz *La carne de René* (novela, 1952), *Cuentos fríos* (1956), *Pequeñas maniobras* (1963), *La vida entera* (poesía, 1969), y *El que vino a salvarme* (cuentos, 1970). Piñera demuestra su talento en varios géneros literarios, inclusive, por supuesto, el teatro. Se le considera tanto existencialista como absurdista, tal vez debido más a su propia declaración con respecto a la evolución natural del teatro de vanguardia. Dice Piñera: "Yo vivía en una Cuba existencialista por defecto y absurda por exceso" (Piñera 15). Lo cierto es que —para no tener que precisar (o discutir) sobre métodos modernos de estilo— algunos críticos se muestran muy ambiguos con respecto a la técnica teatral de Piñera (José Bianco, por ejemplo, se limita a clasificar la obra de Piñera como barroca).

Teatro completo, una colección de su teatro temprano, se publica en la Habana en 1960, e incluye las obras teatrales escritas y estrenadas antes de esa fecha, menos las primeras dos que nunca se estrenaron (una era *Clamor en el penal*). *Electra Garrigó* fue escrita en 1941 y estrenada en 1948, y *Jesús* sale a las tablas en 1950. Entre 1950 y 1957, el autor produce *Falsa alarma*, y *Aire*